

## INTRODUCCION

Por Enrique González Rojo

Cuando se escriba una verdadera historia de la poesía contemporánea en nuestro país -y también, si se quiere hablar de un género solo, de la pergeñada por las mujeres- no se podrá dejar en el olvido el libro de Angeles Solano que el lector tiene entre manos. La calidez, el lirismo, el **savoir faire** técnico y la ambiciosa imaginación de la poeta exigen que así sea. Y no de otra manera, aseguro, tendrá que ser.

El libro se haya conformado, como lo dice el título, en dos partes distintas y hasta contrapuestas: “Me doy de alta” y “Plano Alfa XIV-XIV”.

La primera sección, “Me doy de alta”, nos lleva a meditar en que la salud, como tantas cosas, tiene su contrario. Y así como el día nos remite a la noche, la vida a la muerte, la salud no puede ser lo que es sin una referencia obligatoria a su antítesis. Los poetas han hablado del aspecto luminoso de la contradicción -día, salud, vida, felicidad- y más frecuentemente del lado tenebroso u oscuro de ella -noche, enfermedad, muerte, infelicidad. Cuando Bécquer, en una de sus rimas más populares, nos dice: “*Hoy la tierra y los cielos me sonríen/.../¡Hoy creo en Dios!*”, está siendo algo así como el vocero de la felicidad. Cuando Novalis, en sus **Himnos a la noche**, convierte la oscuridad y el pesimismo en los temas fundamentales de su estro romántico, está pulsando la cuerda opuesta. Pero hay vivencias mal sintonizadas, como son el paso de la salud a la enfermedad y el tránsito de la enfermedad a la salud. En el primer caso con hallamos con el malestar previo a la crisis, y con la poesía agónica., pesimista, que resiente los primeros zarpazos del dolor. En el segundo, nos encontramos con la convalecencia, y con la poesía optimista, analéptica, que “vive” el mal en vías de superación “desde” la salud que está por reiniciarse. Angeles Solano, al darse de alta, se ubica en la segunda tendencia. “*Hoy me contemplé en mis ampollas*”, dice. No se mira en el espejo. ni clava la vista en las partes sanas de su cuerpo que respetó la dolencia. Yo soy yo y mis llagas, parece murmurarnos. Pero el sufrimiento, una vez experimentado, hace crecer y ennoblece al cuerpo que lo ha padecido: “*Hoy descubrí que ha embellecido la cicatriz sobre mi frente*”. Verso elocuente como pocos si tomamos en cuenta que una cicatriz es el ideograma de la convalecencia. La recuperación aparece, en cierto sentido, como un embarazo. El enfermo se halla encinta de algo que se anuncia. Angeles, al darse de alta, se da a luz sí misma: “*He terminado de parirme./ Hoy me restablecí/ Me doy de alta*”.

En el canto que viene a continuación, “Desde la ventana”, Solano nos hace ver su apertura hacia los otros, la sensible conciencia de la alteridad. A diferencia de las **mónadas** que, al decir de Leibniz, carecen de ventanas, nuestra escritora está lejos de encerrarse en la subjetividad bajo las siete llaves del egocentrismo. Ve “desde la ventana” su entorno afectivo, sus seres amados. Lo primero que le llega a través de los cristales, y que inmediatamente es documentado por su lirismo, es la ternura. A Elisabeth, que es un “*rescoldo del Astro Rey*”, quiere hacerle un regalo, y qué regalo: la conciencia del tiempo. “*No sólo existe el hoy chiquita/ saca el valor para encararte en el mañana*”. Y a Yuri le hace otro presente espectacular: la conciencia del gozo: “*...siento/ que si a un estado de paz/ le añades música/ has descubierto la alegría*”. Mas desde la ventana también se visualiza, lejos y no, la deshumanización del hombre, el sufrimiento, la guerra. Y ante estos temas la poesía, la poesía de verdad, no puede permanecer muda. La bomba atómica, por ejemplo, hace gritar a nuestra poeta: “*mi credulidad se fragmenta/ miro en andrajos todo sentido original*”. También, a través de la ventana, está la ciudad, la ciudad de Ángeles y mía, que pide y necesita ser recuperada y redimida y cuya redención no puede llevarse a cabo si no se penetra en su esencia: “*andar sin prisa/ sin cansancio/ a lo largo de lo que fueron tus ríos y canales/ redescubrir su cauce*”. Y en esta ciudad, Solano halla asimismo el dolor cotidiano de los trabajadores: “*Circunferencia/ veinticuatro tiempos se dividen./ Dieciséis miden el cansancio/ y ocho quedan/ para olvidar el día siguiente*”. En la misma tesitura de Francisco Luis Bernárdez, el gran poeta bonaerense, que le decía a un labrador “*la eternidad es tu primer domingo*”, a Solano le duelen el agobio, la alienación del sudor, la esclavización de las manos del jornalero.

Para salir, pues, del “reloj de la rutina”, nuestra poeta vuelve los ojos “A los otros y a los míos”; pero a pesar del beneplácito que conlleva esta conducta, hay en ello a veces cierta insatisfacción porque la poeta confiesa --y qué bueno que haya sido así-- que no se ha dado del todo a los demás: ella requería conservar algo para sí misma, y aquí y en esto, además de la propia existencia, se halla el manantial tremente de donde brota, espontánea, su poesía.

En “Entre pieles” hacen su aparición, con trazos seguros, sinceros y no pocas veces conmovedores, los más variados estados de ánimo, los sucesos y experiencias de la vida que cargan en la frente la señal de ceniza de lo inolvidable. Se recogen aquí lo mismo la pequeña crónica biográfica de los senos, como la “*sensación color violeta*” que se siente al llegar el crepúsculo, o como, en fin, el deseo, transmutado en oración, de que las manos del ángel de la guarda “*se aprendan de memoria/ el calor de mi textura*”. Algo

semejante ocurre, aunque ahora relacionado con el amor, en la sección “Estado de gracia” donde la poeta vive, durante el insomnio, unos “*oleajes en el vientre*” que nos hablan de la ecuación de igualdad entre la libido y la existencia, donde Ángeles vive el idilio absoluto en una sola noche o donde la escritora se siente “*encina derribada/ en un abrir y cerrar del tiempo...*”.

El “Plano Alfa XIV-XIV”, final del libro, es un ejemplo de virtuosismo técnico, búsqueda formal, ingeniosa mostración de estructuras, que no es necesario analizar aquí con detenimiento porque cualquier lector atento descubre con facilidad su mecanismo. Ángeles ha logrado hacer aquí un poemario en que, con independencia de las combinatorias -esto es, de las diversas maneras de ordenar los mismos versos-, la belleza no deja nunca el escenario, razón por la cual me es permitido decir que, en el mundo de la poesía, el orden de los factores sí afecta al producto, pero lo afecta no en el sentido de suprimir lo poético, sino de presentarlo en sucesivas y cada vez más elocuentes reencarnaciones.